

Las estructuras de poder en la sociedad ibérica

Carmen Aranegui Gascó

Universitat de València
Coordinadora del Congreso

■ INTRODUCCIÓN

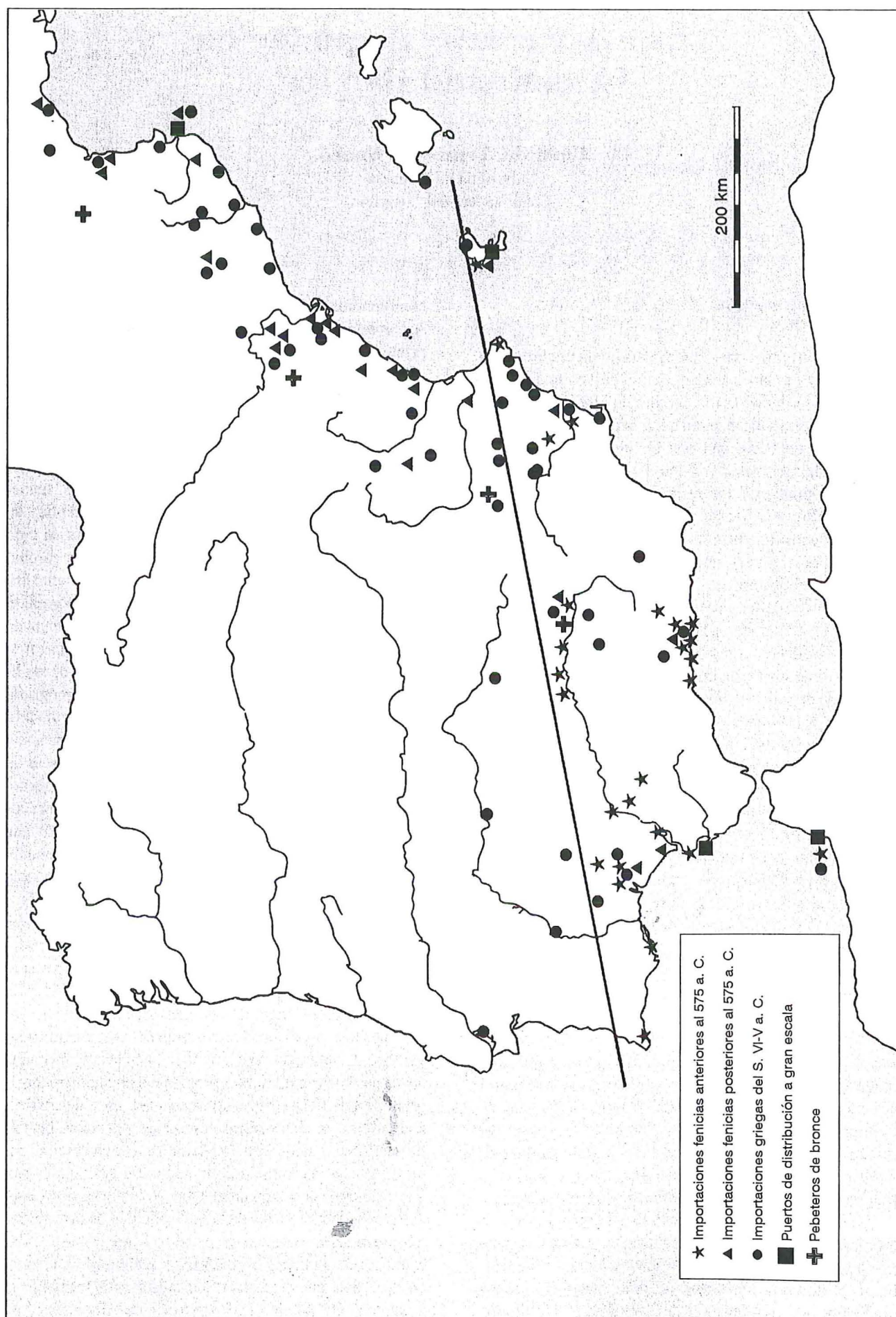
La exposición que ha presentado por primera vez la cultura ibérica en tres grandes ciudades europeas, en una gira de diez meses de duración (de octubre de 1997 a agosto de 1998) que aspira a alcanzar un número de 250.000 visitantes, aparece en Barcelona con el título de Los Iberos, Príncipes de Occidente (en París sólo se llamaba Los Iberos). El público y los medios de comunicación han comprendido que se trata de poner de relieve que los iberos llegaron a constituir una sociedad estructurada, con sus propios valores -jinetes, guerreros, héroes y damas- como muestran simbólicamente muchas de las piezas que se exhiben, en vez de ser un espejo en el que proyectaron sus imágenes los todopoderosos colonizadores que llegaron al extremo occidente, como se ha dicho tantas veces. Sin embargo, ante los arqueólogos, es interesante precisar el significado de esta propuesta ya que, habiéndose acuñado el término de *príncipes y princesas* para la edad del hierro de la Europa continental, no ha sido hasta ahora aplicado por los investigadores españoles a la cultura ibérica. El congreso convocado bajo el lema *Estructuras de poder en la sociedad ibérica* pretende marcar pautas en este sentido.

Por fenómeno principesco se entiende la aparición de la desigualdad social motivada por el encuentro de grupos extranjeros civilizados con comunidades indígenas protohistóricas, sin que medie entre ambos un proceso de colonización propiamente dicho. Se entiende que cuando la práctica sistemática de intercambios lleva al enriquecimiento de determinados sectores de la sociedad y a la constitución, en algunos casos, de formas de poder detenidas por minorías indígenas, se cumple un ciclo que supone la instauración de las sociedades complejas. Se trata de una aculturación en la que los cambios implican y tienen como sujetos (no como objeto) a los habitantes autóctonos que, en consecuencia, se dotan de formas de dominio propias, con una concentración de poder que explica la aparición del príncipe. En el ámbito europeo es el tráfico comercial mediterráneo generado por fenicios y griegos el detonante de todas estas transformaciones.

En el área céltica de la Europa centrooccidental se definieron los *Fürstensitze* como lugares geográficamente privilegiados, casi siempre fortificados y bien comunicados, con túmulos funerarios de gran magnitud en sus alrededores y con abundancia de objetos de otras culturas, generalmente de origen mediterráneo, con una cronología

comprendida entre el 600 y el 450/350 a.C. Recientemente se han revisado y rectificado muchos de los criterios de la primera definición de las residencias principescas aunque no se ha rechazado el modelo global porque constituye, pese a las críticas, la mejor propuesta para explicar la concentración de poder en manos indígenas, conjugando factores externos e internos.

La especificidad de ejemplos como Mont Lassois (Châtillon-sur-Seine), Hohenasperg (Stuttgart) o Heuneburg, en el Danubio, no pretende hallar una réplica en ejemplos ibéricos, que pertenecen a otra cultura, si bien las líneas generales que sirven para explicar un cambio histórico en tales lugares son, sin duda, un instrumento útil para la investigación ibérica. En primer lugar, porque el Mediterráneo occidental no fue ajeno a los fenómenos de aparición de la complejidad social, soslayados en el modelo de lugar central proporcionado por técnicas de análisis del territorio que sí que se han aplicado a la geografía ibérica, y, en segundo lugar, porque contrarrestan la tendencia a argumentar a partir de la monarquía tartésica, tan recurrente en los estudios sobre los iberos y tan usual de una manera acumulativa de concebir la historia, propia del difusionismo, actualmente muy cuestionada. Con frecuencia el *rey Argantonio* se erige en punto de partida de una evolución del poder que determina la posterior secuencia ibérica. Aludir a la monarquía sacra orientalizante no sería posible sin la ayuda de los textos y sin el trabajo de Caro Baroja de 1971 que, una y otra vez, aparecen en las bibliografías. La información textual, a pesar de su escásima consistencia arqueológica en lo concerniente a la cultura ibérica, se presenta revestida de autoridad para explicar la emergencia de las aristocracias ibéricas. Tal vez haya llegado la hora de prescindir de Argantonio como justificante, situando la cultura ibérica en las coordenadas de los cambios estructurales propios del encuentro centroperiferia que tienen como consecuencia, en todas partes, la aparición de las jefaturas complejas; el estadio principesco no es más que una variante de concentración del poder, con la posibilidad de la aparición del estado, una vez instaurada la desigualdad. Que, en este momento, esté abierto un debate acerca de la multiplicidad de posibilidades previas a la aparición del estado y sobre la valoración, económica o política, de muchas de sus manifestaciones, no hace más que confirmar que epistemológicamente el planteamiento no está restringido en su aplicación y es válido para toda la protohistoria.



El modelo principesco se produce a una cierta distancia de los grandes centros coloniales, allí donde son posibles procesos autónomos de control territorial e ideológico que, normalmente, las potencias coloniales no admiten en sus inmediaciones. Es probable que, aunque fuera la tradición textual la que integró el mito tartésico como representación de occidente en la cultura antigua, fuera la misma Cádiz la más interesada en eliminar la formación política que significó la realeza tartésica, que no convenía que se desarrollara tan cerca para evitar conflictos.

■ DEL TARTÉSICO ORIENTALIZANTE A LA CULTURA IBÉRICA

La posterior etapa ibérica supone ampliación y diversificación de referencias. La interpretación de los túmulos A y B de Setefilla, del túmulo 1 de Las Cumbres y de alguna de las tumbas antiguas del Cerrillo Blanco de Porcuna, han puesto de manifiesto que existe desde el siglo VII en la cultura tartésica un estatus proyectado a determinados grupos con derechos hereditarios, como ocurre en los sistemas de jefaturas complejas, a juzgar por la concentración de sepulturas en torno a una tumba destacada. Esta evidencia, unida a la irradiación tartésica hacia la meseta occidental, plasmada por la distribución de jarros de bronce, y a la capacidad de atesorar, visible en El Carambolo (Sevilla) o La Aliseda (Cáceres), establece una relación entre intercambio, enriquecimiento y evolución de la sociedad, aplicable a la época orientalizante y útil para considerar las evoluciones posteriores a partir de etapas ya cumplidas.

El siglo VI constituye una época de gran impulso en el desarrollo de las comunidades de la península Ibérica. Aparece el centro palacial (¿por iniciativa de quién?) en la periferia de Tartessos (Cancho Roano es el primer ejemplo documentado arqueológicamente, pero no el único). En él convergen funciones religiosas, de redistribución de bienes y de control viario. En un momento dado, según propuso Maluquer de Motes, sus conexiones se amplían hacia el Mediterráneo a través de rutas interiores (Guadalquivir-Cástulo-Segura/Almansa), que integran regiones hasta entonces ajenas a los intercambios de larga distancia, especialmente las comprendidas entre la Alta Andalucía y Albacete, Murcia y Alicante. Entran en funcionamiento, al mismo tiempo, centros de almacenamiento que, en los cursos fluviales y cerca de la costa, indican la inclusión del área ibérica, hasta el Languedoc, en una misma dinámica económica, incrementada por el creciente papel de Ibiza en la fachada mediterránea peninsular. Los candlabros de bronce hacen, en este caso, el papel que habían hecho los jarros previamente, proporcionando una buena imagen de esta nueva geografía de la explotación comercial de recursos en la que ya participa *Emporion*, centro fundamental para la integración en el proceso de los pueblos ubicados al norte del Ebro y hasta el Aude.

La ciudad amurallada ibérica, el *oppidum* de la Campiña de Jaén, reconstruido al inicio de la fase ibérica, pero también otros centros como San Antonio de Calaceite o El Puig de Sant Andreu de Ullastret, se presentan como el

primer exponente de la cultura ibérica propiamente dicha antes del término del siglo VI a.C. Este hecho tiene un valor político, un significado de afirmación colectiva sobre el territorio que, a pesar de los diferentes sustratos, se produce en toda el área ibérica. No se trata ya sólo de la desigualdad en la posesión de bienes importados o en el acceso a fuentes de riqueza y prestigio, sino de la reorganización del poblamiento siguiendo pautas que responden a un consenso político que permite hacer entrar en escena a las aristocracias ibéricas. La preeminencia de la ciudad es, en el estado actual de la investigación, el primer exponente ibérico, probablemente en el tiempo y, sin duda, desde la perspectiva de afirmar la autonomía de un sistema cultural.

Este esquema no parte, pues, de la desaparición de una instancia política como era Argantonio, sino de la aparición, primero, de la riqueza generada por el control de circuitos comerciales en manos de minorías privilegiadas desde la edad del bronce y, después, de la organización política del territorio, como consecuencia de lo anterior, documentada al inicio de la cultura ibérica.

■ EL IMAGINARIO COMO EXPONENTE

Una vez revisadas las cronologías de la escultura ibérica a la luz de los contextos que le son propios, los programas monumentales unidos a la tumba o a los hitos fronterizos, como se ha visto en El Pajarillo (Huelma), se fechan del siglo V en adelante, con una ligera posterioridad a la constitución del *oppidum* o de la ciudad. Es necesario, en consecuencia, establecer una separación entre la cultura artística ibérica y el periodo orientalizante porque no hay solución de continuidad entre el uno y la otra, tal y como las dataciones se presentan hoy en día.

Las representaciones simbólicas orientalizantes tartésicas son muy difíciles de separar de la cultura fenicia occidental. Las decoraciones de marfiles, bronce y cerámicas, siempre suntuarias, están embebidas de temas orientales hasta el punto de plantear la sumisión al imaginario colonial por parte de las minorías tartésicas, o bien la instalación de grupos de colonos en el interior de Andalucía, Extremadura, etc., como también se ha propuesto. Caso aparte son las estelas del sudoeste, tan expresivamente autóctonas como impregnadas de motivos foráneos, de donde se deriva su interés, exponente de la dialéctica objeto-forma-representación.

La cultura ibérica es otro caso ya que todos sus exponentes artísticos contienen, al menos, una modificación de los prototipos externos, cuando no un cambio radical del tema con el que guardan relación. Se dijo en un momento dado que los iberos no tuvieron capacidad de asimilar los contenidos del arte clásico, como es evidente, ni conocimiento del mito griego que sí que llegó, por ejemplo, a Etruria o a Lucania. Podríamos añadir, ahora que el repertorio de obras ha crecido considerablemente y que se pueden entrever diversos programas decorativos monumentales, que la cultura artística ibérica tiene entre sus objetivos el diferenciarse de la de los colonizadores, el poner en escena a sus propios personajes, protagonistas de

sus propios mitos e, incluso en época avanzada, el resaltar la autonomía formal de sus animales simbólicos y de sus propios dioses, como muestra la cerámica de L'Alcúdia de Elche o los relieves de los 'domadores de caballos'.

Con ello reconoceríamos que, a pesar de ser deudora de ciertos préstamos del arte oriental y clásico, la cultura artística de los iberos es independiente en sus tratamientos y en sus desarrollos, desconoce el naturalismo como objetivo y se aferra a su propia tradición. El monumento escultórico ibérico está proclamando que el antepasado del grupo es ibero, que las potencias que aseguran la reproducción de la naturaleza, también lo son y que a los santuarios que propugnan la cohesión social, ya se trate de una cueva o de un lugar de depósito de exvotos figurativos, tienen acceso los iberos que, además, gustan de exagerar la descripción de sus peculiaridades, como bien se ve en la desproporción de cofias y rodela en figuritas femeninas de bronce o barro de fecha, sin embargo, media o tardía. Sólo Roma colonizó a los iberos y, en consecuencia, es mediante su influencia como se produce un efecto de romanización, muy bien observado en el Cerro de los Santos. Si, con anterioridad, quisiéramos mostrar la orientalización o la helenización de lo ibérico, tendríamos que aislar determinadas convergencias puntuales con la dificultad de advertir en ellas un desfase cronológico. La influencia itálica produce otros resultados: un *palliatu*s, una cabeza retrato o un soldado del monumento B de Osuna, exponen con claridad el modelo y la época al que pretenden referirse. El bestiario funerario –toros, esfinges, grifos...– no sigue pautas estilísticas de época

Otro rasgo que conviene resaltar a favor de la coherencia cultural interna de las creaciones artísticas ibéricas es la permanencia de determinados relatos acuñados desde el primer momento que, pese a las crisis, destrucciones y evoluciones de la sociedad ibérica, reaparecen en las formas figurativas a lo largo del espacio y el tiempo, indicando que el mito al que hacen referencia continúa socialmente vivo porque se transmite de generación en generación, aunque haya etapas en las que no aparezca en el arte. El papel de la comunicación oral y de la codificación artística de determinados relatos es una cuestión muy interesante para la cultura ibérica, tan llena de lagunas documentales. El ejemplo del enfrentamiento a muerte entre guerreros ibéricos, presente desde El Cerrillo Blanco de Porcuna y, tal vez, L'Alcúdia de Elche, hasta los vasos pintados de Archena ('vaso de los guerreros' del MAN) o de la necrópolis del Castellar de Oliva ('vaso de los

guerreros' del MAC), con personajes caídos, sangrantes y atravesados por una lanza arrojada por un jinete, constituye una prueba de esa continuidad, que no es la única, y que no impide que se produzcan innovaciones, de acuerdo con la evolución de la sociedad ibérica.

Las ciencias de la antigüedad se abren cada vez más hacia la antropología con cuyo encuentro salen del clasicocentrismo que ha perdido, definitivamente, la capacidad estructurante que tuvo en otros tiempos. Por primera vez un congreso sobre la sociedad ibérica incluye entre sus propuestas contenidos elaborados desde la antropología relativos a la caracterización de sociedades sin y con jefatura, a cargo de M. Godelier que tan bien ha sabido articular la importancia de la representación de la sociedad como un todo y la relación que ello tiene con las formas de poder, no determinables por factores materiales únicamente. Bajo esa perspectiva se abren nuevas posibilidades para entender lo que es una etnia o una tribu y, sin duda, la mirada hacia los antiguos pueblos ibéricos podrá enriquecerse considerando cómo los individuos, con sus sistemas de parentesco, con sus estructuras familiares, con sus ritos de iniciación, producen un comportamiento social que a todos nos preocupa en este momento al pensar históricamente el pasado.

Este congreso no hubiera sido posible sin la colaboración de la Fundación 'la Caixa' a quien se debe también la edición de estas actas. Conste mi agradecimiento personal por el soporte dado para que esta reunión especializada y minoritaria se sume a la exposición y a los actos dirigidos al gran público. Deseo también agradecer la colaboración de Manuel Bendala Galán, Ricardo Olmos Romera y Arturo Ruiz Rodríguez que, habiendo aceptado la presidencia de cada una de las secciones del congreso, han contribuido de manera decisiva a orientar comunicaciones y debates. Quede constancia, por otra parte, del apoyo mostrado por los colegas que accedieron a formar el comité científico y a intervenir en las mesas redondas y discusiones del congreso (L. Abad, J. Blázquez, H. Bonet, F. Croissant, T. Chapa, D. García, E. Junyent, P. León, C. Mata, F. Quesada, P. Ruouillard, J. Sanmantí, B.B. Shefton y D. Vaquerizo), y, por supuesto, a todos los que se han inscrito respondiendo a una convocatoria que pretende abrir perspectivas de conocimiento y estudio sobre la cultura ibérica.

Barcelona, marzo de 1998